

Pepe Ramírez, un breve recuerdo del Departamento de Monumentos Prehispánicos

*Daniel Juárez Cossío**

Tenemos muchas cosas:
Una cajita con memorias,
un arcón con palabras de apoyo,
tres antiguas maletas llenas de fotos,
diplomas, mechones de cabellos,
medallitas, certificados de todo,
cartas borrosas y llaves, llaves,
llaves para abrir
puertas que ya no existen.

Hoy, al abrir el cajón del buró,
un sueño rezagado
me mordió la mano.

Hugo Gutiérrez Vega,
Nueva suite doméstica.

Para hablar de *Pepe* Ramírez necesitamos acercarnos a su figura desde muchos ángulos. Uno de ellos conduce, inevitablemente, a su labor como curador de uno de los acervos más significativos con que contamos para conocer el desarrollo de nuestra disciplina: el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología. La importancia de este acervo no sólo radica en la riqueza de documentos que conserva, sino también en la labor que ha desarrollado *Pepe* Ramírez, quien no se ha limitado a mantener ordenados y clasificados los reportes de campo. El valor que encierra este acervo va más allá de lo que reflejan los

informes en términos de la comprensión de los contextos que otorgan significado a los objetos excavados. El archivo, de igual forma, guarda la correspondencia que circuló entre los investigadores del INAH, lo cual de alguna manera permite comprender el intrincado tejido administrativo encargado de aprobar, otorgar o inhibir proyectos y programas de investigación. Este archivo además, da cuenta de qué investigadores llegaron a ocupar cargos de responsabilidad, cómo llegaron a ellos y cuál fue su desempeño, así como las soluciones, atinadas o no, que hoy enfrentamos.

En efecto, la importancia de un archivo no puede quedar reducida simplemente al volumen y calidad del acervo. La piedra clave que soporta su valor reside en el trabajo curatorial. Por ello

* Museo Nacional de Antropología, INAH.

resulta difícil pensar a *Pepe* Ramírez como un archivista más; es un curador en el sentido amplio del concepto. Curador viene de la palabra latina *curātor*, *curatōris*, es decir, la persona responsable de custodiar un bien. El *Diccionario de Autoridades* lo define como aquella persona que cuida de alguna cosa, procurando su bien y provecho. Pero a dicha noción debemos incorporar la capacidad creativa del curador, que otorga un sentido a lo que conserva y clasifica, pues no sólo la acumulación de documentos es importante en sí misma, sino que la estructura bajo la cual se concibe tal organización permite ordenar y transmitir los mensajes encerrados en esos documentos.

Pepe Ramírez llegó al INAH en el convulso año de 1968 e ingresó en su área de dominio, que era el trabajo contable; quizá por ello comenzó haciéndose cargo del Archivo Administrativo. Paulatinamente, y he aquí la importancia de su labor, fue incorporando los reportes arqueológicos a ese acervo, lo cual facilitaba dar seguimiento a los procesos administrativos implicados en el desarrollo de las investigaciones arqueológicas. A partir de aquel momento liminar, *Pepe* Ramírez fue atacado por un mal, incurable hasta donde sabemos, cuyo padecimiento lo asedia hasta la fecha, ya que febrilmente se dio a la tarea de recorrer otras áreas administrativas del INAH con el propósito de allegarse todo tipo de material relacionado con el papel para conservarlo en su oficina. Fue así como comenzó a depurar y ordenar el archivo, primero con un carácter fundamentalmente técnico administrativo, pero con el paso de los años se fue transformando y enriqueciendo hasta convertirse en el Archivo de Monumentos Prehispánicos, el cual hoy atesora un invaluable cúmulo de documentos fundamentales para reflexionar sobre el pasado de nuestra disciplina. Pacientemente, *Pepe* Ramírez fue rescatando numerosos reportes de excavación que se habían acumulado desordenadamente en el Departamento de Publicaciones que dirigía Jorge Gurría Lacroix, pues allí eran enviados por los investigadores para su edición en las ahora “históricas” series del INAH, ya fuera como notas en el *Boletín* o bien como reportes en los cuadernillos cuya cintilla identificaba su procedencia: Departamento de Monumentos Prehispánicos, Departamento

de Prehistoria o incluso en los extintos *Anales*, de larga tradición en la antropología mexicana.

Cuando *Pepe* Ramírez ingresó al INAH en 1968, Ignacio Marquina —ya jubilado— ocupaba la jefatura del Departamento de Monumentos Prehispánicos. El arquitecto también se había hecho cargo del Proyecto Cholula desde mayo de 1967, tras una ríspida confrontación que hubo entre las autoridades con el equipo de investigadores encabezado por Miguel Messmacher, quien dirigía los trabajos en Cholula desde noviembre de 1966. Tras la remoción de Messmacher, parte del equipo de investigadores permaneció bajo las órdenes de Marquina y algunos otros, fundamentalmente aquellos que participaron con Jorge R. Acosta en Teotihuacán entre 1962 y 1964, se incorporaron al nuevo proyecto institucional. Esta historia en particular, que concebía la práctica arqueológica como reconstrucción monumental y aún persiste en ciertos sectores de nuestro gremio, resulta difícil de seguir en el Archivo Técnico, pues muchos documentos estaban dispersos y tocó a *Pepe* Ramírez rastrearlos y recuperarlos. Pese a la falta de memoria documental, allí estaba *Pepe* Ramírez, gran amigo de don Jorge, para compartir generosamente sus recuerdos en amenas y detalladas charlas de lo que ocurría y cómo transcurría en la oficina de Monumentos Prehispánicos.

Conocí a *Pepe* Ramírez casi al comenzar la segunda mitad de la década de los años setenta, cuando me incorporé como estudiante regular a la ENAH que dirigía el profesor Javier Romero y que ocupaba este claustro en el museo, el cual hoy nos acoge para celebrar a *Pepe* Ramírez. Las clases de Carlos Navarrete fueron mis primeros referentes sobre el valor del Archivo de Monumentos Prehispánicos, al cual acudí más por curiosidad que por un interés erudito. Poco tiempo después tuve oportunidad de incorporarme al Proyecto San Jerónimo de Arqueología Histórica, que tenía a su cargo Roberto García Moll; fue entonces cuando mi estancia en Prehispánicos me acercó aún más al archivo bajo la guía de *Pepe* Ramírez. La distancia que nos separa de aquellos años facilita una percepción más nítida de aquellos cambios que vivimos y hoy se reflejan en el INAH que hemos heredado. Guillermo Bonfil entregaba la dirección general a Gastón García Cantú y Eduar-

do Matos dejaba Monumentos Prehispánicos en manos de José Luis Lorenzo. Por aquel entonces la oficina ocupaba una bellísima casona del siglo XIX en la calle de Córdoba 14.

Un corredor estrecho y sombreado conducía a la puerta principal de aquella señorial residencia que alojaba la oficina de Monumentos Prehispánicos. El amplio vestíbulo lucía un lujoso piso de parqué y las paredes estaban recubiertas por un lambrín de madera. Al fondo, a mano derecha, se dibujaba el perfil de la confortable chimenea iluminada por una opalescente luna, cuyas craqueladas, advertidas en el plateado estaño, aún reflejaba las historias que con paciencia contemplaba. Una mesa y un cómodo sillón tapizado en piel completaban la escenografía de aquel mundo que se abría a la mirada acuciosa. La primera oficina a la izquierda era la del arquitecto Marquina, quien acudía regularmente por las mañanas; abismado en sus recuerdos enfrentaba la blanca tiranía del papel hasta lograr plasmar en él, disciplinadamente, sus memorias. Era inevitable atisbar curiosamente entre los visillos de su puerta, para escudriñar a uno de los pocos personajes emblemáticos del INAH que sobrevivían y se mantenían en activo. El siguiente cubículo era ocupado por Roberto García Moll, con quien compartí ese espacio durante los años que excavamos en Yaxchilán. A la derecha de la estancia, en un largo recinto bien iluminado, rodeado de pesados archiveros grises y con vista al jardín posterior de la casa, estaba el archivo. En ese lugar uno podía encontrar a *Pepe* Ramírez todos los días, sentado frente a una mesa ya victimizado por su adicción: enormes alteros de papeles, folders, su inseparable perforadora y una cajita de broches “Baco”, además de todo tipo de artilugios inimaginables que sacaba de su escritorio, como aquellos lápices azules que se remojaban en la boca para poder escribir, o etiquetas engomadas que fueron muy populares en los años veinte, pero que *Pepe* Ramírez atesoraba con la pasión que deja entrever la mirada colérica y sanguínea del coleccionista.

Una aristocrática escalera de madera permitía el acceso al piso superior, la cual desembocaba en el área secretarial y hacia el recinto más íntimo del poder, la sede del *k'uhul ajaw*, el jefe de Monumentos Prehispánicos y sumo pontífice del

Consejo de Arqueología. En el área secretarial, imposibles de olvidar, tan queridas y entrañables como lo es *Pepe* Ramírez, estaban Aurorita —a quien cariñosamente llamábamos *La Negra*— y *Queta* Guadarrama. No puedo dejar de mencionar al siempre amable *Pepe* Hernández, encargado de la intendencia.

La prolongación de la escalera era un corredor que desembocaba a otro cubículo, el cual era ocupado por Carlos García Mora, y junto a él había una pequeña puerta que daba a acceso al área de servicios de la casa. En la planta baja de aquella ala del castillo, estaba la oficina de César Sáenz que aún trabajaba en Palenque. Pese a que era de carácter difícil, eventualmente uno podía acercarse a él y seguir el hilo de sus recuerdos deambulando en Palenque con Alberto Ruz, durante el descubrimiento de la tumba de Janaab' Pakal. En el primer piso había dos oficinas más: una la ocupaba Jüergen Bruggemann y en la otra, incluso a la misma escala de su ocupante, estaba Juan Yadeun con sus socios, Alejandro Pastrana y Hernando Gómez. Jüergen dirigía un proyecto en Cempoala, y Juan con sus socios hacía trabajo de campo en Las Limas, en el llamado Proyecto Dragón. Aunque Alejandro iniciaba por aquellos años su propio proyecto que tenía como propósito estudiar las minas de obsidiana.

Unas estrechas escaleras conducían a la azotea, donde se encontraba instalado el taller de dibujo cuyo responsable era Estanislao Labra, único sobreviviente del Proyecto Cholula que trabajó bajo las órdenes de Messmacher. El taller también era compartido por Óscar Reyes y Carlos Santos, amigos ambos y colaboradores del Proyecto Yaxchilán. Éste era el paisaje geopolítico del Departamento de Monumentos Prehispánicos en el cual convivimos durante varios años con *Pepe* Ramírez.

Un segundo ángulo, y quizá el más obvio en la figura de *Pepe* Ramírez, lo constituye su generosidad y bonhomía. No me queda la menor duda de que ambos rasgos serán muy difíciles de olvidar, especialmente para todos aquellos que alguna vez nos acercamos al archivo y preguntamos a *Pepe* Ramírez sobre algún reporte de excavación. Sorprendía no sólo su memoria que rápidamente nos ubicaba respecto a quien había trabajado el

sitio que nos interesaba conocer, en que años, durante cuántas temporadas y quienes lo habían acompañado en esas largas expediciones. También encontrábamos en *Pepe* Ramírez la disposición y sobre todo celeridad que tenía para poner en nuestras manos la información requerida, pues no buscaba la ubicación del reporte en los tarjeteros, sino directamente en los archiveros. Su mapa mental estaba perfecta y asombrosamente configurado.

Pepe Ramírez constituye un excelente guía en la búsqueda de información, pues cuando uno requiere más detalles no se limita a los reportes de investigación, también acude a los expedientes personales y a una pequeña pero muy selecta biblioteca que fue organizando incluso con libros que le regalaran algunos colegas. Allí atesora los reportes de la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo, los de la Institución Carnegie y de la Universidad de Tulane, por mencionar sólo algunos de los que alcanzo a recordar. Gracias al celo con que *Pepe* Ramírez ha protegido el archivo, a pesar de muchos altibajos a lo largo de las diferentes administraciones en el INAH, es que hoy podemos tener acceso a este nutrido acervo.

Finalmente, un tercer ángulo que me interesa rescatar en la figura de *Pepe* Ramírez es la pasión con que se entregó a rescatar y ordenar el archivo. Es una labor que no abandona, pues aún persiste en su afanosa labor de buscar informes, fotografías, negativos, dibujos y planos que pueda incorporar a su curaduría. Cada vez que acudo al archivo para saludarlo o buscar algún dato, su presencia, sus recuerdos, su conversación... todo ello me devuelve también la imagen de un INAH que se nos escurre entre las manos. En efecto, *Pepe* Ramírez forma parte de una pequeña generación en peligro de extinción, aquella realmente comprometida con hacer de su trabajo un proyecto de vida; pues no hay otra manera de entender, si lo vemos retrospectivamente, la manera en que ha construido el acervo documental que configura una parte de nuestra historia como gremio y a través del cual nos hemos dibujado, o quizá debería decir desdibujado.

Pepe Ramírez es uno de los ejes alrededor del cual gravita nuestra memoria. De no ser así, no estaríamos aquí congregados para reconocer

su paso por el INAH y ratificar el aprecio de su amistad. Si bien todo homenaje constituye una apología, la deconstrucción del personaje y su reensamble bajo sucesos o leyendas que se bordan fina y detalladamente, me parece que en el caso de *Pepe* Ramírez, el mejor homenaje que podemos ofrecerle es manteniendo vivo el espíritu de entrega con que se consagró a su trabajo.



Semblanza ligera del profesor Ángel García Cook

Javier Martínez González*

Como reconocimiento a su trayectoria, en particular por las investigaciones que a lo largo de varias décadas ha realizado en la entidad poblana, el pasado 27 de mayo de 2014 la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP), en coordinación con el Centro INAH-Puebla, instauró la “Cátedra Dr. Ángel García Cook”. Quien suscribe tuvo la distinción de presentar su semblanza, misma que en esta oportunidad se comparte a un público más amplio con la intención de dar a conocer capítulos académicos y relatos de vida de este brillante arqueólogo mexicano, a quien se ha distinguido recientemente como profesor investigador emérito del INAH.

El profesor García Cook no es alguien que guste de homenajes, ni de que se hable bien de su persona, aunque sea indiscutiblemente merecido; sólo reconoce el trabajo, que no percibe como obligación, sino un deber y como tal su ejecución no debe ser objeto de reconocimiento, simplemente hay que cumplirlo. Señalado esto, desde ahora le ofrezco disculpas por algunas de las siguientes palabras, así como por omisiones o imprecisiones en que pueda incurrir.

Sus orígenes

El profesor Ángel García Cook nació un martes 17 de agosto de 1937 en Teotitlán del Camino, Oaxaca, hoy Teotitlán de Flores Magón, en la región de la Cañada, muy cerca de los límites con

Puebla, lugar que era la vía tradicional de comunicación entre las ciudades de Oaxaca, Tehuacán y Puebla, de ahí su primer nombre. Quien puede saberlo, pero desde aquel momento su sino geográfico delineó algunos trazos, porque a ese territorio regresaría para aprender, formarse y trascender en la cercana Tehuacán.

Sus padres fueron Justo García Vázquez, nacido en Ocotlán de Morelos, en los valles centrales de Oaxaca, y Petra Cook Espinosa, originaria de Huautla de Jiménez, Oaxaca, población serrana menos distante a Teotitlán. Es el menor de siete hermanos, que son: Ofelia, Ismael, Felipe, José, Andrés y María. Tiene tres hermanos más de segundas nupcias de su padre: Gabriel, Roberto y Emma.

Su singular apellido materno lo debe a su abuelo William E. Cook, minero de origen inglés que, procedente de su país, arriba primero a Chicago y de ahí se traslada a México, donde por ventura de su oficio llega a la región de Huautla, donde conoce a la abuela materna del profesor, naciendo de esa unión su mamá.

Cuando inicia *la bola* con la Revolución, su mamá era aún una niña muy pequeña, por lo que el abuelo Cook ve un destino más seguro en Teotitlán, a donde se trasladan por cuestiones de seguridad y por la facilidad para acceder desde ahí a Tehuacán, y con ello la posibilidad de comuni-

* Investigador de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

carse con las ciudades capitales. William E. Cook deja en Teotitlán a su hija, parte hacia Estados Unidos y no se vuelve a saber nada de él.

Al instalarse en Teotitlán del Camino, inicia su historia familiar en ese terruño, en donde años después, por desventuras del destino, fallece la mamá del profesor cuando él apenas había cumplido un año de edad, por lo que al trabajar su papá en Veracruz, Ofelia queda a cargo de la casa; esta hermana mayor, con sólo quince años se hace responsable de su familia y es la figura materna que el profesor reconoce.

Los tres primeros años de sus estudios básicos los hace en Teotitlán del Camino, en la Primaria José Silones, donde como es usual en escuelas de provincia, las aulas son compartidas por diferentes grupos, lo que le da oportunidad de ir apropiándose de conocimiento de grados más avanzados, en especial de matemáticas que desde aquellos tiempos le gustan y se le facilitan gracias a la enseñanza inculcada por Guillermo Montalvo, un buen mentor de su pueblo.

La segunda mitad de sus estudios primarios los realiza en la escuela Juan N. Méndez, en Azcapotzalco, Distrito Federal, a donde por diversas circunstancias había emigrado con toda su familia, siguiendo el camino que abrieron sus emprendedores hermanos mayores, quienes tenían la aspiración de ofrecer un mejor futuro a los menores que el que podía brindarles la vida en Teotitlán.

En esa etapa, y por lo que había aprendido antes, seguía aventajando a sus compañeros, paradójicamente, lo que no le gustaba mucho era ¡la historia! Así transcurría la vida de aquel niño, entre la escuela —a la que ocasionalmente llegaba colgado de “mosca” en los tranvías—, y la observación y apoyo al trabajo que sus hermanos mayores realizaban en diferentes industrias, en particular a la fotografía, pues habían habilitado un laboratorio casero donde procesaban fotos escolares, y después en la atención de farmacias y una papelería.

Fueron años en que el profesor forjó su carácter, impregnado de trabajo y reconocimiento del esfuerzo, consciente desde entonces de lo que significaba cumplir con responsabilidad las exigencias para seguir adelante, recorriendo en bicicleta las calles de Azcapotzalco y de varias zonas

más para recoger y entregar fotografías ya procesadas, y ayudar en cualquier otra actividad comercial y de negocios que la familia realizara.

Las tierras de Azcapotzalco continuaron amparando su desarrollo educativo, de tal forma prosigue sus estudios en la Secundaria 25 “Fernando Montes de Oca”, ubicada en el Barrio de Santo Domingo, donde se sigue distinguiendo como estudiante, principalmente en física y matemáticas, lo que le vale ser jefe de grupo y presidente de la Sociedad de Alumnos.

El desempeño del profesor siempre fue de seriedad y pocas palabras, pero a la hora de la verdad, en clase para contestar preguntas y en los exámenes, daba muestra de su capacidad, sacando la casta; no era de hacer relajo tal que le provocara distracción y regularmente le bastaba lo aprendido en clase para seguir avanzando sin problema y, a pesar de ello, asistía frecuentemente a la biblioteca; tampoco jugaba, como era habitual para los muchachos de su edad, sin embargo, por lo que representaba su presencia, era requerido más que para jugar, para dirigir y organizar a sus compañeros en los equipos que formaban.

Un hecho que ilustra esos momentos es que sus compañeros lo buscan para que, a cambio de un pago, resolviera exámenes que de forma astuta conseguían. El profesor entonces les advertía que no se podían sacar diez, ¡por lo que a propósito escribiría algunas respuestas incorrectas!

Las ciencias sociales no se le daban mucho, no le gustaban y no era bueno para historia y literatura, pero cuando sus maestros le solicitaron mayor atención para que se aplicara en esas materias y tuviera mejores calificaciones, no tenía mayor problema, se dedicaba a ellas prestando más atención y con ello alcanzaba las mejores calificaciones.

Durante esta etapa de secundaria tenía un compañero llamado Gabriel Moedano, con quien coincidiría más adelante y quien habría de intervenir en su futuro, como se comentará después.

Posteriormente ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, al Plantel 1 ubicado en San Ildefonso, en el centro de la ciudad de México, eligiendo el área de ciencias físico-matemáticas. Fue una época en que el llamativo ambiente estudiantil y el entorno de aquel México de antaño propicia

que el profesor ingrese a la porra universitaria de fútbol americano, comandada por el legendario universitario Jesús Martínez, quien se preocupaba por el bienestar y esparcimiento de sus compañeros estudiantes; de tal modo el profesor transcurrió su juventud entre juegos de fútbol, desfiles con el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, bailes callejeros e idas al cine y al teatro; esa fue la época en que más se *destrampó* de toda su vida.

Por sus antecedentes y gusto por el área de la física y las matemáticas, una vez que concluye la preparatoria, el profesor ingresa a la carrera de ingeniería civil en la UNAM, logro que quiso alcanzar desde que era chico, pues siempre tuvo presente cuando en su pueblo natal vio la construcción de una terracería que iba a Huautla de Jiménez, hecho que se le quedó grabado y desde ese tiempo pensó en que le gustaría ser ingeniero para hacer obras como carreteras, puentes y presas que sirvieran a la gente.

Su llegada al medio antropológico

Al estudiar en Ciudad Universitaria, el trayecto del profesor incluía un camión que lo dejaba en Bellas Artes y de ahí tomaba otro transporte hacia su casa en Azcapotzalco. En aquel ir y venir diario coincidía con Gabriel Moedano, quien igualmente estudiaba en Ciudad Universitaria la carrera de Derecho y vivía también en Azcapotzalco, por sus rumbos, a él lo conocía desde la secundaria donde habían sido parte de sociedades y de grupos de ex alumnos.

Uno de tantos días, después de dos años de carrera, Gabriel, a la postre etnólogo, persuade al profesor para ir a pedir informes a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, lo que se debió seguramente por la influencia del tío, Hugo Moedano —uno de los primeros arqueólogos que habían estado en la escuela—. No muy distante de la Alameda a donde llegaban, se encontraba la ENAH, en la calle de Moneda 13, donde hoy se ubica el Museo de las Culturas, en el costado norte del Palacio Nacional. De tal modo caminan hacia allá, iniciando su historia dentro de este ámbito, era el año 1958.

Parece que algunos eventos casuales han marcado la vida del profesor y su ingreso a la ENAH fue uno de ellos; de tal modo que al llegar a las instalaciones de la escuela de antropología y hacer preguntas, les dan algunos folletos y les informan que sólo había cuatro carreras: arqueología, lingüística, antropología física y etnología, estaban en eso, pensando si se apuntaban o decidiendo qué hacer, cuando llega el profesor Felipe Montemayor, antropólogo físico que entonces era director de la escuela, se acerca a ellos y los invita a registrarse; ante su duda, y para animarlos, incluso sacó de su bolsa 40 pesos para apuntarlos, 20 por cabeza, ¡casi obligándolos! Con lo que se marca oficialmente su llegada a la escuela.

De tal forma, por la mañana de 7 a 12 horas asistía a ingeniería en la UNAM, en las tardes y noches de 3 a 9 se iba a la ENAH, donde tomaba cátedras con auténticas leyendas como Jorge A. Vivó, Wigberto Jiménez Moreno, Pedro Bosch Gimpera, Paul Kirchhoff, Barbro Dahlgren, Mauricio Swadesh, Juan Comas, Carlos Margain, y los más jóvenes José Luis Lorenzo, Miguel Messmacher y Román Piña Chan. Eran cinco años de carrera, que incluían dos de tronco común y posterior elección de especialidad.

Al año siguiente, en 1959, se desliga de la ingeniería, por cuestiones de salud, ya que lo operaron del pulmón y le retiraron algunas costillas, por lo que no puede presentar varios exámenes y pierde materias, hecho al que se suma que le empieza a gustar más la arqueología; durante ese tiempo seguía apoyándose con el negocio de las fotografías al que se dedicaba por las mañanas y en la tarde iba a la escuela.

Para agosto de 1960, siendo todavía estudiante, se presenta otro de los hechos fortuitos que comentamos arriba: al sentir curiosidad por ver dónde estaba el INAH, va a conocer las instalaciones del instituto a su sede de Córdoba 45 en la colonia Roma. Ahí encuentra a Víctor Segovia, a quien había conocido en la ENAH y formaba parte del equipo de arqueología de Román Piña Chan, y sin más lo invita a trabajar; enseguida le asignan una plaza para estar en el Museo Nacional ayudando a otro legendario arqueólogo, José Corona Núñez, en la función de clasificar piezas arqueológicas. El Museo Nacional, al que le quedaban pocos

años en esa sede, estaba ubicado igualmente en Moneda 13, en la planta baja, pues en el ala poniente de la planta alta se encontraban los pocos salones que conformaban la ENAH. Este hecho marca su ingreso oficial al INAH, el 1 de julio de 1960, con un nombramiento de Practicante en ciencias histórico geográficas.

Como era usual en aquellos tiempos, los estudiantes se integraban rápidamente a labores de la profesión, es así que una de sus primeras experiencias en campo fue durante unas prácticas en Tepeapulco, Hidalgo, en 1960, con el profesor José Luis Lorenzo, eminente arqueólogo de origen español a quien se debe muchos de los avances y fundamentos de nuestra arqueología, tanto a nivel de formación de investigadores como de instituciones, pues con la creación de los laboratorios transformó en científica a la arqueología. Entre sus compañeros de práctica estaban Ariel Valencia, Jorge Canseco, María Engracia Vallejo, Eduardo Matos, Pablo López, Guacolda Boisset y Óscar Aguirre; en aquel desempeño los primeros hicieron topografía; el profesor, junto con Lorenzo y Óscar Aguirre, se dedicaron a un recorrido de prospección arqueológica.

Desde ese momento la visión de José Luis Lorenzo percibe un hecho que será fundamental en el posterior desempeño del profesor García Cook, cuando, después de un sufrido trayecto y durante un descanso, Lorenzo, refiriéndose a la práctica arqueológica del recorrido de superficie le comenta: “Angelito —que es como se refería al profesor— usted camina bien, ¿dónde aprendió?”, a lo que el profesor contesta que en su pueblo y desde que era chiquito, desde el año. Así es el profesor Ángel, con comentarios agudos e ingeniosos.

Después de este hecho, Lorenzo le dice que quería formar un equipo, pues para ese momento sabía que lo iban a nombrar jefe de Prehistoria, que necesitaba gente que le gustara caminar, que tuviera visión y se interesara en la arqueología, les preguntó dónde trabajaban y que si se irían con él.

Al regreso de esas prácticas en la primer semana de enero de 1961, nombran a Lorenzo jefe de Prehistoria y formalmente lo invita a trabajar con él, comentándole —con la intención de convencerlo— que iba a venir un arqueólogo importante:

Richard S. MacNeish, de quien le habló maravillas y le dice que haría un proyecto por su tierra y quería que se integrara con él, por lo que tenía que cambiarse a Prehistoria; ahí mismo le señala que iba a perder clases pero a cambio iba a aprender mucho; ante esto, el profesor le pidió tres minutos para pensarlo y decidir, reflexión rápida que marcaría su camino al aceptar la propuesta.

Fue así como después de atender un compromiso de trabajo para estar algunas semanas en la sierra de Puebla, en Tetela de Ocampo, a su regreso ya tenía su cambio del Museo Nacional a Prehistoria, que inicialmente estuvo en Córdoba 45; esto sucedió en febrero de 1961, y tan sólo tres semanas después ya estaba con MacNeish en Tehuacán.

De tal forma, el profesor fue oficialmente el primer arqueólogo que trabajó con Lorenzo, después se integrarían Jorge Angulo, Noemí Castillo, Jaime Litvak, Lorena Mirambell, quienes formaron el equipo básico de Prehistoria.

Una vez que Prehistoria se traslada a Moneda 16, en ese lugar el profesor tuvo oportunidad de observar cómo Lorenzo organizó los laboratorios para contar con el apoyo de varias especialidades, visión que trajo de sus estudios de posgrado en Europa; asimismo había aprendido con MacNeish en Tehuacán la importancia de los estudios interdisciplinarios que correlacionaban información de diferente clase. Estos hechos van dejando una semilla que el profesor utilizaría en su futuro ejercicio, tanto en sus proyectos como al estructurar formalmente Salvamento Arqueológico como institución, que el profesor organiza con la integración de varias áreas con antropólogos físicos, biólogos, edafólogos y por supuesto arqueólogos, además de dibujantes y fotógrafos.

El profesor se recibe el 14 de mayo de 1965, con la tesis titulada “Análisis tipológico de artefactos procedentes de la Cueva de la Nopalera en Tepeapulco, Hidalgo”, en un examen donde su director fue el profesor José Luis Lorenzo, el presidente del jurado Pedro Bosch Gimpera y sus otros tres sinodales Román Piña Chan, Barbro Dahlgren y Arturo Romano. Este trabajo se convertiría en su segunda publicación, *Análisis tipológico de artefactos*, la cual marca un antes y un

después para el estudio y clasificación de los materiales líticos y se ha convertido en un libro de texto para la arqueología. Es así como egresa con el título de arqueólogo por parte de la ENAH (SEP) y el grado de maestro en Ciencias Antropológicas por la UNAM.

La docencia

Está muy próximo a cumplir cincuenta años de estar frente a un grupo, ya que inició esta actividad en 1965 poco antes de recibirse; comienza con la clase de Métodos y Técnicas II, correspondiente a técnicas de excavación, que habitualmente dictaba Lorenzo. Dentro de ese recorrido, un hecho que reafirma su compromiso con la docencia fue que en 1972, a instancias de la maestra Noemí Castillo, a él y otros investigadores como Carlos Navarrete, Raúl Arana y Arturo Romano les otorgan una plaza federal de docencia para cumplir con hasta seis horas semanales extras, además de su jornada habitual.

A pesar de sus continuos proyectos y trabajo en campo, así como el tiempo invertido en diversas actividades y cargos que ha tenido, desde aquel 1965 y hasta la fecha no ha interrumpido su labor docente en la ENAH. De tal forma que a lo largo de estos años muchas generaciones han estado bajo su guía con asignaturas como Métodos y técnicas arqueológicas, Lítica, América I (prehistoria), Historia de México I (que corresponde a la etapa lítica o prehistoria), Cazadores-recolectores, Transición a sociedades agrícolas, diversos seminarios regionales como el de Mesoamérica, del Golfo, del Altiplano, Seminario de tesis, así como otras asignaturas no mesoamericanas como Viejo Mundo y Desarrollo cultural de los Andes centrales; éstas son algunas de las materias que a la fecha suman cerca de cien, además de dirigir una buena cantidad de prácticas de campo, donde se inicia la formación de cuadros académicos.

Nunca imaginó que las clases, que finalmente no perdió en la ENAH por cumplir el compromiso inicial con MacNeish en Tehuacán, le serían recompensadas por una experiencia tan enriquecedora, tal vez el hecho de seguir dictando clase se entienda como una generosa retribución por lo

que el aprendizaje dentro y fuera de la ENAH le ha dado, en recuerdo y reconocimiento a las cátedras oficiales y extraescolares que recibió de quienes reconoce como maestros, al señalado Richard S. MacNeish, a José Luis Lorenzo y también a François Bordes, distinguiendo igualmente las enseñanzas que tomó de Miguel Messmacher, de quien apreció su enfoque integrador.

Para seguir hablando de maestros, debemos recordar que la arqueología es una disciplina eminentemente empírica, requiere de una práctica y es en esta área donde el profesor García Cook brilla particularmente, es su escenario natural. Si se ha distinguido dando clase durante estas cinco décadas, más aún se destaca como un verdadero maestro en el campo, donde comparte experiencia pródigamente a quien se le acerca y quiera aprender, ya sea un estudiante o arqueólogo novel o uno muy experimentado; incluso su enseñanza se hace palpable con tan sólo observar su forma de trabajar.

En campo es un verdadero genio, lo conoce y reconoce, es intuitivo. La calidad que ha tenido su vasta práctica hace que domine los diferentes contextos que enfrenta y pueda entender y hacer analogías con otras culturas, regiones y momentos; conjunta su conocimiento con una percepción que genera grandes logros. Quienes hemos tenido oportunidad de trabajar con él no podemos menos que asombrarnos, pues *donde pone el ojo pone la bala*, le pega a lo que quiere o es trascendente.

Como en otras profesiones, el ser arqueólogo es sólo el principio de algo más, las actividades académicas que se desempeñan son variadas. Siguiendo este abanico, y dentro de la línea formadora que, tal vez sin proponérselo, ha seguido, el profesor ha dirigido alrededor de 40 tesis de licenciatura y maestría con temas diversos, muchos de ellos derivados de sus proyectos, los cuales han sido un semillero para formar profesionales; igualmente ha sido sinodal en más de 70 exámenes profesionales de licenciatura, maestría y doctorado; algunos de ellos no sólo de arqueología, sino de restauración y biología.

Continuando en esa línea, es un participante habitual de exámenes de promoción, en que compañeros investigadores aspiran a subir de catego-

ría, así también como jurado en concursos de oposición abiertos para obtener plazas de investigación.

Sus cargos

Aunque los puestos administrativos no es algo que le atraiga, en su carrera ha desempeñado diferentes cargos en el INAH, porque le gusta cumplir con las tareas que le han solicitado, de esta forma inicia de manera temprana como jefe de la Sección de Prehistoria de 1967 a 1972.

Posteriormente es nombrado Jefe de la Oficina de Salvamento Arqueológico, de abril a diciembre de 1977, que bajo su conducción se convierte en Departamento de Salvamento Arqueológico, mismo que continuó dirigiendo entre enero de 1978 y mayo de 1980.

Fue igualmente jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, de mayo a junio de 1980 y logra el cambio a Dirección, siendo su titular de junio de 1980 a enero de 1983. Al crearse, por sugerencia suya la Dirección de Arqueología—poco después Coordinación—del INAH, fue su titular de enero de 1989 a junio de 1992.

Asimismo ha sido miembro del Consejo de Arqueología en diferentes etapas, de 1977 a 1979, representando a Salvamento arqueológico; de 1981 a 1983 representando a la Dirección de Monumentos Prehispánicos; de 1989 a 1992 como director de Arqueología; suplente en diferentes ocasiones y presidente del Consejo de Arqueología de 1979 a 1981.

Otras actividades

Ha participado como representante de la Dirección General en la Subcomisión de Evaluación y Promoción del personal de investigación del INAH. También fue miembro de la Comisión Central de Publicaciones de ese instituto. Es árbitro del Conacyt, de los Premios INAH, de los Estímulos a la productividad, así como de publicaciones en diversas instituciones y universidades; además es miembro regular de diferentes instituciones y órganos colegiados, como la Sociedad Mexicana

de Antropología y el Colegio Mexicano de Antropólogos.

Igualmente es Integrante de comités editoriales y editor de *Arqueología*, revista de la Coordinación Nacional de Arqueología, y de varios libros, volúmenes y colecciones nacionales y extranjeras. También ha participado en una buena cantidad de entrevistas, documentales y algunas películas de difusión arqueológica.

Las conferencias que ha impartido son alrededor de 150, una tercera parte en colaboración con la arqueóloga Beatriz Leonor Merino Carrión, con temáticas muy diversas y expuestas en diferentes congresos, mesas redondas, universidades, colegios, posgrados, museos, casas de cultura, ferias del libro, sociedades científicas y diplomados, en México y en países como Francia, Estados Unidos, Perú y Honduras. La diversidad de foros en que se ha presentado da muestra de la importancia que para él tiene la difusión.

Su trabajo en campo

Ha tenido oportunidad de intervenir con diferentes labores en buena parte de nuestro país, así como en el extranjero. De este modo su experiencia en campo inicia en Hidalgo, bajo la dirección de José Luis Lorenzo, y prosigue con Víctor Segovia en la presa Huatongo en Hidalgo, en 1960.

Posteriormente, en 1961 se suma al equipo comandado por MacNeish en Tehuacán, Puebla; ese mismo año también realiza exploraciones en Kabah, Yucatán, bajo la dirección de Ponciano Salazar.

Al año siguiente, bajo su dirección, realiza exploraciones en Tepexpan, también con José Luis Lorenzo; además realiza reconocimientos en el área de Chilpancingo, Guerrero, y regresa a otra temporada en Tehuacán; colabora como jefe en excavaciones de la cueva Tepeyolo, en Valsequillo, Puebla.

Entre diciembre de 1962 y enero de 1963, como director de proyecto, excava la Cueva de La Nopalera, en Hidalgo, de la que se genera su tesis; en ese mismo 1963 suma una temporada más en Tehuacán, y en la segunda mitad del año se integra al equipo dirigido por Lorenzo que llevó a cabo

el reconocimiento y excavaciones en el embalse de la futura presa de Infiernillo en Guerrero y Michoacán, actividades que seguirían durante la primera mitad de 1964.

Para diciembre de 1965 realiza reconocimiento arqueológico en el área de la futura presa de Malpaso, Chiapas. En 1966 regresa a Puebla a coordinar exploraciones en Huayatlaco, en la zona de Valsequillo. El mismo año, como director de proyecto explora fauna pleistocénica en Chimalhuacán, Estado de México.

Posteriormente, por los cursos de especialización en Prehistoria y Geología, que desde 1966 realiza en la Facultad de Ciencias de Bordeaux, entre abril y agosto de 1967 excava en Saint Ciprient, en Chateau de Bergerac y la gruta Pech de L'Aze (Paleolítico inferior), bajo la dirección de Françoise Bordes. Regresa a México para dirigir el proyecto de Reconocimiento Arqueológico en el noreste de Chihuahua en 1968.

Después de algunas incidencias con el profesor Lorenzo, por las que estuvo a punto de renunciar si hubiera encontrado al entonces director general del instituto, Ignacio Bernal, en 1969 se le comisiona para cumplir el compromiso que desde que estaba estudiando en Francia había adquirido con MacNeish para estar al frente del Proyecto Arqueológico-Botánico Ayacucho-Huantla, en Perú. Cuando regresa a México, en 1970 participa en el reconocimiento del embalse de la futura presa de La Angostura, en Chiapas, y ese mismo año vuelve al Proyecto Arqueológico-Botánico Ayacucho-Huantla en Perú, a seguir el reconocimiento y excavaciones.

El año de 1971 transcurre entre exploraciones que dirige en Los Reyes La Paz, Estado de México, y su tercera temporada en Perú. Hacia finales de año organiza de manera expedita pero eficaz, el Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, cuyos planteamientos defiende ante las ideas de prestigiosos investigadores alemanes como Bodo Spranz y Walter Palm, que tenían ya años con sus estudios regionales. De ese modo, después de algunos desencuentros y ante resultados evidentes que ya se habían alcanzado, más el apoyo de personalidades como Paul Kirchhoff y Pedro Armillas, sale adelante y con el concurso de varios arqueólogos continúa con otras temporadas en

1973, 1974 y 1975. Derivado del proyecto original, dirige y supervisa a Patricio Dávila y Diana Zaragoza, quienes se dedican a investigar el área de Cuauhtinchán, Puebla, en 1972.

También se dio tiempo para colaborar y dirigir al arqueólogo Enrique Méndez en su reconocimiento en el área huave, en Oaxaca, en 1973-1974.

Como resultado de la visión regional del Proyecto Puebla-Tlaxcala, el segundo estado se beneficia con un par de proyectos: desde finales de 1975 y en 1976 el Proyecto Arqueológico del Norte de Tlaxcala, y en 1977 el Proyecto Arqueológico Tlaxcala.

Como jefe del Departamento de Salvamento Arqueológico, en febrero de 1978 el profesor Cook fue uno de los primeros arqueólogos, junto con Raúl Arana, que intervinieron el monolito de la Coyolxauhqui, en el Centro Histórico de la ciudad de México. Ese mismo año dirige, junto con Medellín Zenil, el gasoducto de mayor longitud que se ha construido en el país, entre Cactus, Chiapas y Los Ramones, Nuevo León, y hacia el final del año participa en el Proyecto Arqueológico Huasteca, colaborando con la arqueóloga B. Leonor Merino Carrión en diferentes etapas de reconocimiento y excavación hasta 1982.

Entre 1979 y 1981, en colaboración con el arqueólogo Felipe Rodríguez, está al frente del Proyecto Arqueológico El Caracol, en el estado de Guerrero.

En 1984 inicia reconocimiento en el Proyecto Arqueológico del suroeste de Puebla, bajo su dirección, con diferentes temporadas de campo en 1985, 1987 y 1988, en la cual participé una temporada.

Las bondades de los proyectos regionales es que ofrecen información para detallar muchos aspectos, por lo que del Proyecto Arqueológico Huasteca se origina en 1984 el Proyecto Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Pánuco, con la dirección de la arqueóloga B. Leonor Merino Carrión, con quien colabora en el reconocimiento y excavaciones en diferentes temporadas repartidas en los años 1984, 1985, 1986, 1988 y 1989 proyecto en el que también participé activamente.

En 1992 apoya a B. Leonor Merino en la realización de un reconocimiento en el Cañón del

Infiernillo, ubicado en la Sierra de Tamaulipas, para elaborar un proyecto de investigación con la finalidad de conocer los procesos de cambio de un modo de vida nómada a uno sedentario.

Durante dos años completos, 1993 y 1994, arranca el trabajo de campo del Proyecto Arqueológico Cantona, con recorrido, excavación, restauración y habilitación de estructuras arquitectónicas, con posteriores intervenciones que continuaron esas actividades, así como el mapeo y muestreo por unidades arquitectónicas, detallado de plano y labores de mantenimiento, con temporadas de campo en los años 1996, 1997, 1999, 2000 y desde 2002 a la fecha con temporadas de campo cada año.

Posterior a ese proyecto, y en muchas ocasiones paralelo al mismo, siempre con la visión general del entorno para llegar a la mejor comprensión de los desarrollos humanos del pasado, a finales de 1997, en dirección conjunta con la arqueóloga B. Leonor Merino Carrión, inicia el Proyecto Norte de la Cuenca de Oriental, con temporadas de reconocimiento y exploraciones en 2001, 2002, 2003, 2005, 2006 y hasta la fecha.

De este modo, el profesor García Cook ha estado presente en diferentes geografías a lo largo de nuestra república, entre las que el estado de Puebla ha sido un lugar privilegiado, abarcando diferentes zonas, con proyectos igualmente diversos e importantes.

Sus investigaciones en el norte de Puebla incluyen el Proyecto Cantona, que con veintiún años es el más largo en la vida académica del profesor, así como con el Proyecto del Norte de la Cuenca de Oriental.

Con el Proyecto Puebla-Tlaxcala ha estudiado el valle central que comparte con la vecina entidad, además de intervenir en algunos sitios cercanos a la capital ubicados en la zona de Valsequillo, así como en Cuauhtinchan y Tlalancaleca.

Ha estado en el suroeste con un proyecto regional, y en el sur en la región de Tehuacán, donde inicia su formación en 1961 con la guía de Richard S. MacNeish, quien siembra en él la inquietud del trabajo en equipo, de valorar la arqueología de área, de seguir en la línea del trabajo serio y dedicado, de conjuntar información

diversa. Su juventud en aquel momento no le permitió ver la trascendencia de esa investigación, pero aquellos años de trabajo en campo y gabinete cayeron en terreno fértil, lo cual produjo y ha seguido produciendo frutos a lo largo del tiempo, incluso 50 años después, cuando con otras metodologías y adelantos técnicos ha regresado recientemente a esas tierras, tan cercanas a su origen, para seguir colaborando con investigaciones muy trascendentes relacionadas con el genoma del maíz, colaborando con científicos mexicanos del Instituto Politécnico Nacional, del Langebio Cinvestav en Irapuato, cuyos estudios han empezado a dar sus primeros resultados; en este último proyecto también tengo la oportunidad de participar.

Parece un largo romance el que ha sostenido con el estado, que por pocos kilómetros no lo vio nacer en sus tierras y que a la fecha continúa, siempre como una buena relación.

En su desempeño en campo sobresalen proyectos de arqueología regional en los que ha participado y dirigido: el Proyecto Arqueológico-Botánico Tehuacán, Proyecto Arqueológico-Botánico Ayacucho-Huantla, Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, Proyecto Arqueológico Huasteca, codirector del Proyecto Definición de la Cuenca Baja del Pánuco, Proyecto Arqueológico del Suroeste de Puebla y Proyecto Arqueológico Norte de la Cuenca de Oriental.

El profesor reconoce la importancia de esta práctica que ha seguido y enseñado como *escuela*, formando cuadros académicos a partir de la visión de área, con base en el registro y conocimiento de sitios, para acceder con ello a una visión amplia que ayuda a entender mejor el desarrollo regional, identificando lo que existe en los alrededores para correlacionar momentos de ocupación, y llegar a la propuesta de secuencias en las que se integran rasgos, elementos y procesos culturales, lográndose apreciar fronteras, florecimientos, relaciones, patrón de asentamiento, estilos y muchos datos más que se detallan con excavaciones específicas.

Del mismo modo se aprecia su intervención y *mano* en otros proyectos regionales de salvamento arqueológico, como las varias presas en los estados de Chiapas, Michoacán y Guerrero, donde tuvo oportunidad de participar.

Sus publicaciones

Como complemento a su extenso trabajo de campo, y correspondientes estudios de gabinete y laboratorio, la obra publicada del profesor es igualmente extensa: está compuesta por más de 200 títulos, la mitad firmada por él y la otra parte en colaboración. En un repaso a la misma se aprecia que nunca se ha *casado* o estancado con un tema o región; trata lo mismo de prehistoria que de aspectos técnicos, monografías de sitios y de variados aspectos de los mismos, temas arqueobotánicos y de agricultura, evolución de procesos sociales, propuestas de secuencias culturales, estudios de diversos materiales, reseñas bibliográficas, semblanzas, además de prólogos e introducciones y una amplia diversidad de contenidos temáticos.

Sus obras han encontrado espacio en diferentes clases de publicaciones, ya sean libros, ensayos, artículos, boletines, noticias, antologías, guías, atlas culturales, suplementos, revistas y guiones que se han editado tanto en México como en Estados Unidos, Perú, Alemania e Italia.

Comentar algo preponderante de su obra es difícil, ya que la elección pasaría por el tamiz de las preferencias de quien lo haga, o de la zona geográfica o tema que por alguna circunstancia interese; con este señalamiento puedo indicar que entre su producción sobresale su tesis *Análisis tipológico de artefactos* (1967), que como se ha señalado constituye un texto de consulta básica, con reediciones agotadas en 1982. Igualmente lo realizado en colaboración con MacNeish en Tehuacán, en el volumen V de *Excavaciones y reconocimiento* publicado en 1972, donde se presenta e interpreta el trabajo realizado en sitios como cuevas y abrigos que dan como resultado la definición de nueve fases culturales desde la prehistoria hasta el posclásico.

También “El desarrollo cultural prehispánico en el norte del área, intento de una secuencia cultural”, publicado en el número 7 de *Comunicaciones*, de la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC) en 1973; afinado en “Una secuencia cultural para Tlaxcala”, en *Comunicaciones*, núm. 10, publicado en 1974 y reeditada en 1997; así como “El desarrollo cultural

prehispánico en el norte del Valle Poblano-tlaxcalteca. Inferencias de una secuencia cultural espacial y temporalmente establecida”, publicado en 1976 como núm. 1 de la Serie Arqueología del Departamento de Monumentos Prehispánicos, donde se ofrece una propuesta de secuencia cultural alcanzada después de intensos trabajos de arqueología regional, reeditado en 1996.

Otro trascendente escrito, donde junto con B. Leonor Merino realiza una propuesta tipológica de patrón de asentamiento para los asentamientos de la región poblano-tlaxcalteca, y que se puede hacer corresponder con otras regiones, es “Notas sobre caminos y rutas de intercambio del este de la Cuenca de México.”, publicado en *Comunicaciones*, núm. 14, de 1977, con reedición en 1997.

Un resumen magistral de los trabajos realizados en la misma zona lo presenta en “The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands”, publicado en 1981 en el *Suplemento del Handbook of Middle American Indians*, reeditado en 1997.

En 1981 publica, en colaboración con Richard S. MacNeish, “The Stratigraphy of Puente Ac 158, en el vol. II de *Prehistoric of Ayacucho Basin, Perú*. Este sitio en particular ha sido uno de los que más le ha gustado trabajar al profesor.

En 1985, como parte de la obra *Historia de la agricultura: época prehispánica*, publica otro clásico titulado “Historia de la tecnología agrícola en el altiplano central desde el principio de la agricultura al siglo XIII”, reeditado y agotado desde 1989.

Con el artículo “Integración y consolidación de los Señoríos en Tlaxcala”, publicado en 1986 (reeditado en 1991) en el *Primer Simposio Internacional de Investigaciones Socio-Históricas sobre Tlaxcala*, hace gala de la forma en que las fuentes documentales y arqueológicas se complementan.

Ese mismo año, en el tomo XXXII de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* publica el artículo “Arqueología de área”, donde vierte su visión y conceptos, generando un auténtico manual para quien quiera llevar a cabo estudios de ese tipo. También publica la *Guía de Cacaxtla-Tizatlán*.

Siguiendo la concepción integradora que ofrece la arqueología regional, en *Notas Mesoamericanas* núm. 10, de la Universidad de las Américas, presenta junto con B. Leonor Merino Carrión un revelador escrito titulado “Condiciones existentes en la región poblano-tlaxcalteca al surgimiento de Cholula”.

En 1987 colabora de nuevo con Leonor Merino Carrión y publican “Proyecto Arqueológico Huasteca” en el primer número de *Arqueología*, revista de Monumentos Prehispánicos del INAH, con los resultados de una secuencia cultural para la Huasteca, obra derivada de un proyecto de área y donde incluye elementos diagnósticos a nivel de procesos sociales, materiales y arquitectura.

En 1988, como parte del vol. 14 de la serie *La antropología en México*, publica sendos compendios que titula “La arqueología en Tlaxcala” y “La arqueología en Puebla”, presentados con sentido historiográfico con información complementaria de fuentes documentales, además de ofrecer amplia bibliografía.

En 1990 publica, en colaboración con B. Leonor Merino Carrión, el artículo “El cultivo intensivo: condiciones sociales y ambientales que lo originan”, en *Agricultura indígena, pasado y presente*, número 27 de la colección Cuadernos de la Casa Chata del CIESAS.

En 1991, de nuevo en coautoría con B. Leonor Merino, escriben los tres principales volúmenes, de una obra de 16, donde elaboran una síntesis sobre el desarrollo cultural prehispánico de Tlaxcala.

La Universidad Autónoma de Chapingo publica en 1992 “Sobre el origen de la agricultura en México”, en la obra titulada *La agricultura y la agronomía en México: origen, desarrollo y actualidad*.

La *Guía de Cantona* se publica en 1994; y en colaboración con B. Leonor Merino Carrión publica la *Guía ilustrada de Cacaxtla* en 1997.

En el vol. 9 de la revista *Latin American Antiquity* presenta, junto con Leonor Merino, “Cantona: urbe prehispánica en el Altiplano Central de México”. El artículo “Las cerámicas más tempranas en México” se publica en la *Revista de Arqueología Americana* núm. 14, en 1999.

En *Arqueología* núm. 28, revista de la Coordinación de Arqueología del INAH, publica en 2002, junto con B. Leonor Merino Carrión, “El Formativo temprano en la cuenca baja del río Pánuco”, donde detalla temporalmente el desarrollo temprano con base en el análisis de una buena cantidad de fechamientos absolutos.

En un libro sobre *El urbanismo en Mesoamérica*, publicado en 2003, presenta el artículo “Cantona: la ciudad”. Al año siguiente, en *Arqueología* núm. 33 publica “Cantona: ubicación temporal y generalidades”, integrando una importante serie de fechamientos absolutos en los que se apoyan diversas propuestas.

Ese mismo año publica en *Arqueología* núm. 32, junto con B. Leonor Merino Carrión, “Secuencia cultural para el formativo en la cuenca baja del río Pánuco”, en el cual se desarrollan particularidades de los primeros grupos sedentarios de esa región.

En 2005 inicia, como parte de la Colección Científica del INAH, la serie *La producción alfarera en el México antiguo*, donde comparte la edición de los cinco volúmenes con B. Leonor Merino Carrión, además de escribir en el primero de ellos los artículos “La producción alfarera en el México prehispánico. Comentarios generales”, “El inicio de la producción alfarera en el México antiguo” y “La cerámica del formativo en Puebla Tlaxcala”. Asimismo entre 2006 y 2007 realizan la “Introducción” a los volúmenes II, III, IV y V. En el volumen IV de la serie presentan “La alfarería en Cantona durante el periodo que comprende 500-1000 de nuestra era”.

Actualmente se encuentran en proceso de publicación dos libros: “Tlaxcala a la llegada de los españoles según las evidencias arqueológicas” será publicado por el INAH, mientras “Tlaxcala: arqueología e historia” saldrá de las prensas de la Universidad Iberoamericana en coedición con el Gobierno del Estado de Tlaxcala.

Se ha apreciado su importante colaboración con MacNeish y con Beatriz Leonor Merino Carrión, con quien firma —ya sea como primero o segundo autor— la mayor parte de publicaciones conjuntas, así como conferencias y ponencias, arqueóloga que no sólo fue su principal colaboradora en una gran etapa, sino también compañe-

ra de vida que lo impulsó de manera vital durante un periodo muy productivo.

Su nombre y otras distinciones

Quiero comentar que el nombre del profesor ha encontrado buen resguardo en murales existentes en paredes del ayuntamiento de Tehuacán, donde se encuentra junto al de Richard S. MacNeish y de otras personas que la población de aquel lugar ha reconocido como hijos pródigos, trascendentales para el conocimiento de su historia.

Igualmente, a partir de 2002 la biblioteca de la Dirección de Salvamento Arqueológico lleva su nombre, pues históricamente es el fundador formal de una actividad que el tiempo y las condiciones existentes han logrado consolidar cada vez más, dentro de un escenario donde la demandante generación de obras de infraestructura —que afectan los vestigios— son básicas para el desarrollo social—. Es así como se ha convertido en la práctica más usual de la arqueología, pues en alto porcentaje ha sido la manera en que nuestra profesión ha seguido desarrollándose pese al poco interés y al olvido institucional, además de muchas trabas administrativas.

Desde 1986 el profesor García Cook forma parte del Sistema Nacional de Investigadores (SIN), y en los Estímulos a la productividad en el INAH logró el nivel 9 desde 1996.

Para terminar

Quisiera enfatizar otros aspectos que enmarcan el camino del profesor, pues por su trayectoria y logros se le otorgó en 2012 la mayor distinción que puede alcanzar un académico: ser nombrado profesor emérito, hecho que en lo personal no lo ha cambiado, se siente igual, aunque más comprometido.

Tal conquista es el reconocimiento para un investigador y maestro que ha logrado fundir en su vida académica ambos procesos y otros más, avalado por la consistencia de sus estudios, la organización de entidades académicas desde sus car-

gos y la construcción de conocimiento que ha generado y transmitido con gran disposición.

Referente a la vocación, ésta generalmente encuentra ayuda en muchas circunstancias, se alimenta del medio donde se vive, de la gente que se escucha, del tipo de relaciones que se tienen. En cuanto al profesor no fue así, su llegada al medio fue algo casual y, como él mismo refiere, es *arqueólogo por accidente*. Durante su etapa formativa nunca estuvo en contacto con nada ni con nadie que lo influyera, jamás fue a visitar unas ruinas o se escapó a admirar los objetos de un museo que lo inspiraría en un futuro, no. Su llegada a la ENAH fue fortuita, y a diferencia de su compañero Moedano, quien sí tuvo influencia directa, empezó de cero, nadie le platicó nada de la arqueología.

Habría que imaginar cómo los hilos del destino empezaron a urdir circunstancias para tejer lo que sería una sólida carrera colmada de trabajo, reconocimiento y resultados. Lo que sí marcó al maestro en su desempeño es la responsabilidad, el esfuerzo y la dedicación al trabajo, valores con los que convivió desde siempre; la vida le ha enseñado a valorar el esfuerzo de los demás y la voluntad por salir adelante, sobriedad que lo ha acompañado permanentemente.

Desde la ENAH conoció al profesor Lorenzo, sarcástico y profundo, quien con su visionaria capacidad descubrió *algo* en aquel delgado muchacho, percibió un carácter firme para verlo sobresalir y no se equivocó. El camino que en su inicio profesional tomó bajo su dirección fue sumando fortunios con los que adquirió solidez y fundamentos que lo hicieron despuntar y encargarse de cosas importantes desde muy joven, compensando tal vez con ello primigenias ausencias.

A nivel familiar el profesor García Cook hoy comparte su vida con sus hijos Ángel y Javier, con su nieta Rebeca y sus nueras Blanca y Mónica, además de resguardar a otras hijas que con cariño ha adoptado, así como a un buen número de estudiantes y jóvenes arqueólogos que buscan su guía.

Su casa está situada al sur de la ciudad de México, donde además de sus recuerdos y la compañía de sus libros, disfruta igualmente de la fidelidad gustosa de sus perros; desde ahí se traslada

diariamente y sin faltar nunca al trabajo, a pesar de que tenga que ir a clase o a cumplir con otras encomiendas. Su oficina está ubicada en la calle Primo Verdad, a sólo unos metros de los edificios que resguardaron su formación, el de la antigua ENAH y el de Prehistoria, cuya presencia seguramente sigue alentándolo.

Como persona difícilmente ha sido de enojos, su filosofía es que no se gana nada ante un escenario de molestia, no hace caso, siempre racionaliza la situación y no pierde tiempo con enfrentamientos que no valen la pena. Tampoco habla mal de nadie y reconoce el trabajo de los demás, a quienes ve como compañeros. Así ha vivido desde siempre, le tocó el tiempo de un México que supo recompensar su esfuerzo y en esta oportunidad estamos presenciando un producto más de su tesón.

Finalmente, si debieran marcarse algunos hechos que distinguen al profesor, entre ellos se encontrarían los siguientes:

- Colabora en uno de los más trascendentes proyectos en la historia de la arqueología mexicana, como el de Tehuacán.
- Es un hombre de palabra, no le importa tener que enfrentar personas y situaciones adversas con tal de cumplir sus compromisos, incluso por hacerlo se ha plantado con quienes fungían como sus jefes en algunos momentos y ha estado a punto de renunciar, así como tener que pedir permiso sin goce de prestaciones, todo con tal de no faltar a su palabra, que es garantía.
- A pesar de que los salvamentos inician institucionalmente en Prehistoria bajo la dirección de Lorenzo, básicamente por la creación de presas en los sesentas, el profesor como primer jefe de Salvamento arqueológico, cuando fue director general del INAH un ilustre poblano, el periodista e historiador Gastón García Cantú, se encargó de formalizarlo, lo arma y dota de recursos materiales, equipo e infraestructura necesaria, cobijando igualmente aquel escenario con la celebración de acuerdos administrativos y legales con miras a la salvaguarda y previsión, disponiendo de distintos cuadros de especialistas que apoyaran lo arqueológico; en

fin, alentado por lo que había aprendido con Lorenzo y MacNeish, creó un tipo de INAH en pequeño, que bajo su dirección y posterior apoyo siguió creciendo para convertirse en lo que es hoy.

- Ha creado sin duda una *escuela*, es un formador de cuadros académicos dentro de la arqueología de área, predicando con el ejemplo por medio de sus numerosos proyectos. Considera que el principal mérito que debe tener quien estudia arqueología —al igual que cualquier otra actividad— es la constancia y el gusto por el trabajo, para que pueda desempeñarse bien, con dedicación, además del apoyo de mucha lectura, lo que lleva a una disciplina y, en consecuencia, al aprendizaje.
- En gran parte de su trayectoria lo cuidaron y se cuidó de no *caer* en sitios monumentales, pero finalmente llega a Cantona —donde el profesor quiere terminar su vida académica—, cuya dedicación durante los últimos veinte años ha traído a la escena valiosa información y propuestas sobre este importante asentamiento para entender periodos clave en la historia del México antiguo, en particular la discusión del urbanismo y cómo su desarrollo incidió en dinámicas sociales antes, durante y después del clásico. Todo un reto.

A pesar de su singular apellido de origen inglés, el profesor no ostenta un apelativo de linaje, de aquellos que facilitan la llegada, de los que aseguran la permanencia gracias al amparo de relaciones fincadas a lo largo de mucho tiempo e intereses. No. Es un hombre que ha alcanzado su prestigio gracias a su propio esfuerzo, es lo que se llama y, dispensando el anglicismo que utilizo como concepto, un *self-made man*. Su abuelo lo inicia él con su prestigio y esfuerzo.

La existencia del profesor en la arqueología ha sido tocada por personajes significativos como Lorenzo y MacNeish; igualmente es un consentido de la vida académica, de eso que pudiera llamarse destino que sin buscarlo lo ha ido llevando de aquí para allá, siempre *pegándole* a lo trascendente, produciendo de manera prolija.

De haber seguido en ingeniería hoy estaríamos en un acto de nombrar una cátedra con su nombre

en la Facultad de Ingeniería, así es la dedicación del profesor. De tal modo, celebremos que aquella vocación escondida haya surgido con tanta fuerza y que aquel arqueólogo por accidente se haya revelado para que pudiera andar y hacer camino dentro del conocimiento de la historia antigua, siendo protagonista en capítulos esenciales de nuestra arqueología.

Vayamos pues a disfrutar lo que nos tenga que decir un hombre afable y tremendo conversador, mi querido maestro Ángel García Cook.

Muchas gracias.



Roberto García Moll (1943-2015): algunos apuntes desde Yaxchilán

Daniel Juárez Cossío*

Colgado de un barranco
duerme mi pueblo blanco
bajo un cielo que, a fuerza
de no ver nunca el mar,
se olvidó de llorar.
[...]

El sacristán ha visto
hacerse viejo al cura.
El cura ha visto al cabo
y el cabo al sacristán.
Y mi pueblo después
vio morir a los tres...
[...]

Y los viejos
sueñan morir en paz,
y morir por morir,
quieren morir al sol.

La boca abierta al calor, como lagartos.
Medio ocultos tras un sombrero de
esparto.
[...]

Joan Manuel Serrat. *Pueblo Blanco*, 1971

* Museo Nacional de Antropología, INAH.
N. B. Quiero señalar que esta semblanza no constituye en modo alguno una memoria biográfica o un recuento biobibliográfico sobre la trayectoria académica de Roberto. Enrique Vela, en la entrega marzo-abril de la *Revista Mexicana de Arqueología*, ya la esbozó. Gastón Bachelard, en su ensayo sobre Isidore Ducasse, observó: “lo que la biografía no dice, la obra lo canta”. Bajo esta premisa, dejo al interesado adentrarse en las publicaciones de Roberto. Lo que me propongo en estos apuntes es delinear la imagen que conservo de quien fuera mi maestro a lo largo de casi una década, durante las intensas temporadas de excavaciones en Yaxchilán, tratando de recoger sus pasos, en la medida de lo posible.

Liminar

Transcribo de mi diario personal: jueves 12 de febrero/2015, “Hoy comenzamos por abrir la caja 2 para dictaminar el dintel 48 de Yaxchilán y proceder a su embalaje [...]” Por la tarde, ya en mi habitación, abro el correo electrónico y me encuentro con la bandeja de entrada inusualmente llena de mensajes que esperan mi atención. Abro el primero, es de Martha Ximena, mi hija: “[...] cuando llegue a casa te escribo. Nomás para



decirte que falleció Roberto García Moll :-("). No resulta difícil adivinar el contenido de los otros. La noticia me alcanzó lejos de casa. Observo a través de la ventana; pocos transeúntes se atreven a deambular por la calle que a esta hora gris de la tarde ha quedado tapizada con hojas del castaño color marrón, seguramente porque ha comenzado a lloviznar y el frío ya se deja sentir.

Sobre mi mesa de noche me descubro con el grueso volumen de Walter Benjamin, *El libro de los pasajes*, que paciente espera para que reanude mi recorrido entre sus blancas y atestadas calles. Parece reclamar mi atención, pero en ese momento la lectura no me apetece. Mientras escucho "Tan joven y tan viejo" de Joaquín Sabina que deslizaron en mi bandeja, la noticia sobre la muerte de Roberto recorre confusa cada rincón de la habitación hasta estrellarse sobre la superficie fría del espejo. Su reflejo me devuelve una cascada de imágenes que vertiginosamente se precipitan al vacío, diluyéndose lentamente entre las espumas de la penumbra.

San Jerónimo: los días terrenales

Conocí a Roberto en julio de 1977, cuando comencé a trabajar en el ex Convento de San Jerónimo. Recuerdo que llegó una mañana muy temprano hasta el Gran Claustro. Excavábamos una enorme cala que requirió ser ampliada hasta alcanzar las dimensiones de un foso. Habíamos dejado al descubierto una enorme fuente mixtilínea, la cual alguna vez estuvo alimentada por un largo ducto de barro machihembrado. En las inmediaciones había también dos placeres bellamente decorados con azulejo. Roberto regresaba de su temporada de campo en Yaxchilán, apenas concluida en mayo, y venía para observar el desarrollo de los trabajos de los cuales era coordinador. El proyecto había iniciado como salvamento el año anterior, pero había logrado concitar intereses que redundaron en la formalización de un programa de investigación más amplio, encaminado fundamentalmente a obtener información que sustentara el proyecto de restauración dirigido por Manuel Sánchez Santoveña. Este interés abrió la posibilidad de discutir y ampliar los planteamien-

tos teórico-metodológicos que sustentaban la construcción de lo que ha llegado a configurarse como arqueología histórica, y en cuya discusión inicial participaron activamente otros colegas y viejos amigos, algunos ya fallecidos, como Gonzalo López Cervantes, Humberto Besso-Oberto el *Fily*, Guillermo Pérez Castro el *Guarus*, y Elsa Hernández Pons, entre los que recuerdo en este momento. En aquellos años los trabajos de excavación en San Jerónimo se encontraban bajo la responsabilidad de Ramón Carrasco y del *Guarus*, adscrito este último al Departamento de Salvamento. En este proyecto colaboramos un nutrido grupo de estudiantes de la ENAH de cuando menos cinco generaciones, ya que todavía en 1980 se realizaba el análisis del material cerámico.

A la distancia, percibo aquella ENAH en una incesante búsqueda de rumbos hacia los cuales encaminar sus pasos. Desde el confortable refugio afanado en construir historias culturales, hasta los posicionamientos de avanzada, cuya crítica, al amparo del procesualismo, era encabezada por Enrique Nalda y Manuel Gándara. Se gestaba también otra corriente enarbolada por un marxismo ortodoxo, dogmático y poco creativo, ocupado en desacreditar los cauces estructuralistas que buscaban tender puentes con la antropología francesa. Pese a ello, había unos cuantos profesores que abrían espacios al análisis mediante lecturas alternas dentro un marxismo crítico y más reflexivo, como las de Immanuel Wallerstein, Eric Hobsbawm, Maurice Godelier, Emmanuel Terray y Marshall Sahlins. Es en este sentido que recuerdo los cursos de Héctor Díaz Polanco, en cuyas clases, Historia de la Antropología y Teoría Antropológica, tuvimos el primer acercamiento con la disciplina. Profesores como Pedro Armillas o Ángel Palerm habían sido marginados, de tal manera que, como estudiantes, nos dábamos a la tarea de buscar profesores entre quienes aún tenían algún interés en impartir clases en la ENAH más por el gusto y con la expectativa de generar algún interés entre sus oyentes.

Aquel año de 1977, y tras este primer acercamiento a Roberto desde San Jerónimo, le propusimos impartir el curso de Mesoamérica 1; el segundo lo cursamos con Jaime Litvak y el tercero lo haríamos el siguiente semestre con Carlos

Navarrete. Roberto estaba adscrito a la Dirección de Antropología Física (DAF) y aceptó con gusto. A quienes teníamos encomendada la tarea de proponer profesores y hablar con ellos nos correspondía también indagar un poco sobre su trayectoria, con el propósito de buscar y mantener cierto nivel académico entre el profesorado. De Roberto sabíamos que había sido alumno de José Luis Lorenzo y su formación había estado más orientada hacia el campo de la prehistoria, cuyo trabajo de tesis, publicado en 1977 en el volumen 56 de la colección Científica del INAH, fue el análisis de los materiales excavados en la cueva del Texcal, en el valle poblano-tlaxcalteca. Otro de sus maestros fue Jaime Litvak, con quien colaboró muy cercanamente en el valle de Morelos. Cabe recordar que Lorenzo y Litvak fueron investigadores fundamentales en el desarrollo de la disciplina, no sólo por su formación académica y los aportes que cada uno instrumentó en su campo de interés, sino también por sus responsabilidades dentro de la estructura académico-administrativa de la institución. Lorenzo estudió en Londres y mantuvo una relativa cercanía con Vere Gordon Childe. Litvak, por su parte, tuvo la oportunidad de estudiar con David L. Clarke durante su estancia en Cambridge. Quizás valga la pena recordar que Litvak y Roberto publicaron en coautoría: “Set theory models: an approach to taxonomic and locational relationships”, cuya contribución fue incluida en el volumen *Models in archaeology*, editado por Clarke y publicado en 1972 bajo el sello Methuen de Londres.

Ese mismo semestre de 1977 cursamos también Métodos y Técnicas 1, materia que fue impartida como panel por, y cito en estricto orden alfabético, Gianfranco Casiano, Manuel Gándara, Linda Manzanilla, Jesús Mora y Óscar Rodríguez Lazcano. De aquel curso surgió como propuesta de investigación, el Proyecto Abasolo en Guanajuato, en el centro-occidente de Mesoamérica. Se trataba de una región interesante, donde apenas unos pocos años antes Lorenzo había realizado estudios tendientes a formular un proyecto más amplio dado el hallazgo de teocinte en una de las cañadas. Durante el desarrollo del curso habíamos considerado la posibilidad de que el Consejo de Arqueología no aprobara nuestro proyecto, lo que ocasionó la

primera escisión del grupo. Un sector continuamos con el proceso y elaboramos el proyecto para presentarlo ante el Consejo. Otra parte decidió no arriesgarse a perder la práctica de campo y optó por plantearle a Roberto la posibilidad de que los aceptara en Yaxchilán. Algunos otros se dispersaron en los programas de salvamento. Finalmente el proyecto fue aprobado y esto nos permitió dar continuidad a los tres cursos de Métodos y Técnicas. Las excavaciones en San Jerónimo también abrieron espacios para que las siguientes generaciones realizaran sus prácticas de campo.

Ramón Carrasco había trabajado en Yaxchilán durante la cuarta temporada de campo en 1976, y se había propuesto dejar San Jerónimo para regresar a colaborar con Roberto. De tal manera que en 1978 convino con él su reincorporación a Yaxchilán y acordó llegar hacia mediados de la temporada para apoyarlo durante el cierre. Para mi sorpresa, fui invitado a conocer aquel sitio excepcional. Así, en marzo de aquel año iniciamos el camino hacia el sureste en un *vocho* rojo. Las imágenes de aquella lejana experiencia son un recuerdo que conservo vivo, pues tenía frente a mí la expectativa de conocer aquellos antiguos caminos por donde alguna vez se internaron Frans Blom y Enrique Juan Palacios. Ahora que escribo estas líneas aún siento el bochorno que pesadamente caía durante las interminables horas de espera para cruzar el viejo puente sobre el río *Coatzacoalcos*, en un lento y tedioso fluir de vehículos, así como la reconfortante brisa del *Usumacinta* que algunas horas después nos recibió en el antiguo puerto de Montecristo, haciendo más agradable y confortable el último trayecto del camino, apenas iluminado por las luces del crepúsculo que hacían resplandecer como fuego los flamboyanes a la vera del río. Tenosique sería el último reducto antes de traspasar la sierra de El Lacandón para poder acceder al país de los míticos *ukes*, aquellos seres que inquietaron la imaginación de Edwin Rockstroh, el descubridor de Yaxchilán.

A la mañana siguiente, después de pernoctar en el hotel Rome y observar con las reservas del caso su espléndido acervo entomológico de *Blattodeas*, que con inusitada rapidez se desplazaban por todos los rincones de la habitación y con especial cautela en aquellas que recorrían el

techo para caer pesadamente sobre la cama, nos pusimos en contacto con el piloto que nos trasladaría hasta Yaxchilán, era Pedro Joaquín Mandujano. Lo encontramos en la cafetería del pueblo, en una animada reunión donde sólo se hablaba en tabasqueño, de tal manera que me costó trabajo seguir la conversación. Pese a mis deficiencias lingüísticas acordamos reunirnos con él poco más tarde en el campo de aviación.

La Cessna de Pedro Joaquín, de color blanco y franjas en verde nilo con matrícula XA-IAB se encaminó hacia la pista y rápidamente remontamos el vuelo, dejando atrás la retícula del pueblo señalizada por la esbelta chimenea del ingenio azucarero. En mi improvisado asiento, un cilindro de gas de 30 kilogramos, intentaba reacomodar las cajas de cartón con mercancías que me cayeron encima durante el despegue. Desde el alto cielo se perfilaban los rasgos del paisaje en el cual destacaba el imponente cauce del *Usumacinta* color marrón. Conforme avanzábamos, Pedro Joaquín indicaba nuestra posición: el arroyo *Chiniquihá*, Boca Chocohá, cascadas del *Budsijá*, Piedras Negras, laguna del *Macablero*...

Tras cuarenta minutos de vuelo teníamos frente a nosotros un amplio meandro. Ése es Yaxchilán, dijo Pedro Joaquín, y aunque no se distinguía la pista comenzamos a descender sobre el encajonado del río. Al salir del cañón viramos abruptamente a la derecha y allí estaba la pista, un estrecho claro abierto sobre el monte que corría paralelo al *Usumacinta*. Tras dos tumbos logramos afianzarnos a tierra y recorrimos los escasos 500 metros de longitud que tiene la pista. Ya en tierra, el primero que se acercó fue Roberto para recibirnos, después de saludarnos su primera pregunta fue si venían sus encargos, cuatro rejas de *Coca-cola* y tres paquetes de cigarros *Raleigh* sin filtro. Después de verificar que, efectivamente, el encargo había llegado, pidió a un par de trabajadores que descargaran la avioneta y llevaran las cosas a una de las tres champas de madera que conformaban el campamento, donde se encontraba instalado el comedor con cuatro mesas de metal. Nos invitó a sentarnos para refrescarnos un poco, y como bienvenida nos invitó un cigarro y una *Coca-cola* fría, que para nuestra sorpresa salió de un exótico refrigerador que funcionaba con

gas. Con el caer de la tarde, Yaxchilán comenzó a envolvernos lentamente en un ambiente saturado de humedad e impregnado por un penetrante aroma a cedro que ya nunca me abandonaría.

Yaxchilán: el vino del estío

Roberto comenzó a trabajar en Yaxchilán casi al finalizar el año de 1973. Regresaba de Baja California, donde realizó una corta temporada de campo. Una parte de los resultados de aquella experiencia fueron publicados conjuntamente con Diana Santamaría en 1989 bajo el título: “Lítica del Cerro del Rosario, Baja California Sur”, en el libro que como homenaje fue dedicado a José Luis Lorenzo y editado por Lorena Mirambell en el número 183 de la colección Científica del INAH.

Quizás resulte difícil imaginar cómo una persona como Roberto, formado como prehistoriador y avezado en el análisis de los procesos de manufactura de la industria lítica, llegó a Yaxchilán para enfrentarse a la excavación de la arquitectura monumental. Por las tardes, después de la jornada de trabajo, solíamos descansar en las hamacas que se encontraban guindadas en el porche de la champa que habitábamos. El humo de los cigarrillos, además de ahuyentar moscos y tábanos, se encargaba de animar la conversación. Solía recordar los horizontes desérticos de Baja California que contrastaban con la impenetrable cortina de la selva. Alguna vez me comentó que fue Jürgen Brüggemann quien en 1972 inició los trabajos en Yaxchilán, para lo cual tuvo que abrir el claro y nivelar el terreno para habilitar la pista de aterrizaje. Ello requirió tirar varios árboles de entre los cuales aprovechó los cedros, con cuya tablazón construyó las tres champas que conformaban el modesto y confortable campamento. Al parecer, estas acciones y una muy agresiva confrontación con un grupo de trabajadores generaron diversas reacciones en su contra, ocasionando su remoción del proyecto. Roberto comenzó a trabajar hacia finales de 1973 y al año siguiente publicó, en el *Boletín del INAH* número 12, una nota intitulada “Primera temporada arqueológica en Yaxchilán, Chiapas”. En ella resumió los dos objetivos que se trazó a largo plazo como proyec-

to: la investigación básica del sitio y la conservación de las estructuras arquitectónicas.

La restauración fue quizás el puntal que cimentó el proyecto. En su diagnóstico del sitio Roberto estableció prioridades de intervención en función del estado de conservación de los edificios. Los criterios de restauración gravitaron en torno a las resoluciones emitidas durante la Primera Reunión Técnico Consultiva sobre Conservación, celebrada ese mismo año de 1973 y publicadas al año siguiente en el *Boletín del INAH* número 10. Quizás por haber conocido muy de cerca los trabajos de reconstrucción llevados a cabo por Ignacio Marquina en Cholula, había puesto la mirada en las nuevas corrientes de conservación impulsadas por dos amigos cercanos: Salvador Díaz-Berrio Fernández y Augusto Molina Montes. Sin lugar a dudas fueron años de arduo aprendizaje, de cuyas primeras experiencias dejó dos textos: “Conservación de monumentos en Yaxchilán, Chiapas”, publicado en el número 3 del tomo XXIV de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* de 1976; y otro en el número 3 de los *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* en 1979: “Yaxchilán: una alternativa en la conservación de monumentos”.

Mi incorporación al proyecto se formalizó en 1980, después de concluir los trabajos de excavación en San Jerónimo. No puedo dejar de señalar que, como director del proyecto y maestro, Roberto era exigente y riguroso con el registro contextual de los materiales y, obviamente, en el seguimiento puntual de la excavación, ya que la restauración dependía de la cabal comprensión de la arquitectura y sistemas constructivos. Pero Yaxchilán no sólo demandaba este tipo de abstracciones conceptuales, como la teoría del restauro, también había que atender las tareas seculares, desde la contratación de los trabajadores y avituallamiento del campamento, hasta la organización y ordenamiento de las actividades para que funcionara de la manera más eficiente posible. En este recuento de imágenes resulta difícil olvidar los episodios que se sucedían durante la búsqueda y contratación de trabajadores al inicio de la temporada. Al llegar a Tenosique, una de nuestras primeras actividades era visibilizarnos en los alrededores de “las cuatro esquinas” en busca del

Tigre, sobrenombre de Ausencio Rodríguez. *Chencho*, como también le llamaban, era un hombre más o menos alto de complexión robusta, de cabello *mulix*, muy moreno y con el párpado caído del ojo derecho. Aunque de apariencia hosca era de trato agradable y desenfadado. El apodo lo había recibido desde muy joven, ya que regularmente participaba en el baile del Pochó que aún se celebra durante las fiestas de carnaval en Tenosique. Los personajes que intervienen en esta danza son *cojóes*, *pochoveras* y tigres. Chencho se disfrazaba precisamente de tigre, embadurnado de *sascab*, cuyas manchas eran imitadas con un pigmento a base de carbón que se imprimía con la boca de una botella. Complementaba su atuendo con una piel de jaguar o de *mijilote* colocada a manera de capa y anudada al cuello. Durante muchos años el *Tigre* fue el encargado de los trabajadores y asiduo comensal de “las cuatro esquinas”. Este espacio del pueblo era conocido así porque justamente en cada una de las esquinas había una cantina. Las más celebradas y concurridas eran “Las quince letras” y “La flor de la caña”, la primera todo un artificio de agudeza e ingenio y la segunda un canto a las mieles del destilado. Los alrededores del barrio estaban poblados por “pacheros” y “rebajoneros”; muchos de ellos, durante su juventud, trabajaron como chicleros o *xateros*. Era en estos espacios donde reclutábamos a los trabajadores. Cuando alguien reconocía a “don Roberto”, rápidamente se le acercaba y eso bastaba para que unos cuantos minutos estuviésemos rodeados por una multitud pidiendo el “enganche” para enlistarse. Tenosique, habrá que recordar, alguna vez fue uno de los dos puntos de embarque para internarse hacia las monterías, y donde cada compañía maderera se encargaba de coleccionar sus trozas para enviarlas hacia la costa del golfo. El otro punto era Sacluk, conocido actualmente como La Libertad, en Guatemala. De tal manera que aquellos hombres conocían bien la montaña y eran los mejores trabajadores.

Muchos nos acompañaron a lo largo de varias temporadas, sólo esperaban la llegada de “don Roberto” para “engancharse” en el proyecto abandonando sus actividades, que las más de las veces eran “lomear” potreros. Rubén Martínez el *Charras*, Lupe Morales, Santos Córdoba el

Viejo, Carmen Herrera, el *Muñeco*, *Pepe* Villanueva, el *Diablo*, don Juanito y doña Mary, son algunos de los nombres que me vienen a la mente en este momento. Con la fresca de la tarde, mientras reposábamos el baño que solíamos tomar en el río, algunos de ellos relataban sus andanzas en la montaña. Un segundo grupo de trabajadores, los albañiles, llegaban en el Ferrocarril del Sureste desde Oxkutzcab, Yucatán, encabezados por Aurelio Montoy. Aquel grupo de “ruineros”, como también se les conocía, eran hábiles albañiles especializados en restauración, cuya tradición parece haber iniciado con Alberto Ruz durante la década de los años cuarenta del siglo pasado en Chichén Itzá, Uxmal y Palenque. Eran hablantes de maya y rápidamente se integraban a la vida del campamento. El tercer grupo con el cual se conformaba la bulliciosa población de Yaxchilán eran trabajadores guatemaltecos asentados en las diferentes comunidades situadas a lo largo del *Usumacinta*: Camotán, Luz de las Ánimas, La Técnica, La Felicidad y Bethel. Este último punto enlazaba, mediante un camino de herradura, con Las Cruces, Sayaxché y La Libertad. Con ellos trabajamos sin contratiempos hasta 1985, cuando la sosegada vida de aquellos colonos, llegados al Petén en busca de tierra para sustentarse, fue abruptamente arrasada por las dictaduras militares de Romeo Lucas García y Efraín Ríos Montt. En un abrir y cerrar de ojos la ofensiva hacia la región se había tornado más violenta. Justo en el tiempo que comenzaba la roza y quema de los campos para preparar las tierras de cultivo, los aviones Pilatus bombardeaban la selva seguidos por el sobrevuelo de helicópteros artillados a lo largo del curso del *Usumacinta*, a la caza de “guerrilleros”. Algunos trabajadores se nos acercaron pidiendo ayuda para trasladar a sus familias y bienes hacia Frontera Corozal, donde se había instalado un campamento para refugiados. En aquellos momentos Roberto no dudó, y con la pequeña lancha que teníamos ayudamos a cruzar el río a las familias que huían del terror.

Ese mismo año preparamos *Yaxchilán, Antología de su descubrimiento y estudios*, que se publicó en el número 152 de la colección Científica del INAH. Al parecer, desde que Roberto concibió el proyecto tenía la intención de desarrollar un

trabajo a escala regional. Sus primeros objetivos fueron Bonampak y Palenque, razón por la cual impulsó nuevas excavaciones en aquellos sitios hacia 1981, pero por diferentes circunstancias los programas de investigación no lograron consolidarse. Quizás resulte oportuno recordar que la región era parcialmente conocida a partir de las investigaciones llevadas a cabo por la Universidad de Pennsylvania en Piedras Negras bajo la dirección, primero, de Alden J. Mason, y después de Linton Satterthwaite durante la década de los años treinta del siglo pasado. A. Ledyard Smith y Gordon R. Willey, del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, exploraron Altar de Sacrificios entre 1958 y 1963, y posteriormente trabajaron en Ceibal hasta 1968.

La situación de seguridad en la frontera con Guatemala obligó a un necesario receso que nos llevó a Pomoná. Allí, con recursos del gobierno del estado a través del Instituto de Cultura, planteamos un programa de excavaciones a tres años. Roberto sólo completó dos, ya que ocupó la dirección del Museo Nacional de Antropología. En 1989, cuando se presentó la oportunidad de reanudar los trabajos en Yaxchilán para explorar la Pequeña Acrópolis, fue designado director general del INAH. En 1990 visitó el sitio en compañía de Lorena Mirambel, presidenta del Consejo de Arqueología, Tere García, titular de la Dirección de Registro Público y Alejandro Martínez Muriel, el *Jerry*, director de Arqueología.

El jardín de senderos que se bifurcan

Pomoná, al igual que asentamientos como Santa Elena, Moral-Reforma, Panjalé, Arenal y Tiradero entre muchos otros, se sitúa en la Región de los Ríos, en la porción oriental de Tabasco, muy cerca de Boca del Cerro. Éste último paraje constituye la salida del *Usumacinta* hacia las planicies aluviales. Su acceso se realiza desde los poblados Arena Hidalgo y Gregorio Méndez, el primero perteneciente al municipio Tenosique y el segundo al de Emiliano Zapata. La región cuenta con evidencias de ocupación desde el Preclásico medio; sin embargo, el lapso mejor estudiado com-

prende los periodos Clásico tardío y terminal, dada la presencia de relieves con inscripciones que abarcan desde mediados del siglo VII hasta principios del IX.

Cuando iniciamos el proyecto, sólo teníamos claro que tras el *hiatus* del siglo VI diversos asentamientos que antes dependían de estructuras político-territoriales mayores comenzaron a cobrar cierta autonomía. Tatiana Proskouriakoff había sugerido que esta reconfiguración del poder reapropió las pautas instauradas durante el Clásico temprano a partir de la exaltación del poder dinástico y su vinculación con lo divino. Con el paso de los años, el desciframiento de las inscripciones jeroglíficas y el desarrollo de nuevos programas de investigación se ha ido reinterpretando la participación de esta región en el escenario geopolítico del Clásico terminal. Hoy en día resulta más clara la injerencia de Calakmul en la Región de los Ríos desde prácticamente el último cuarto del siglo VI, para promover la desestabilización y escisión de la dinastía palencana hasta por lo menos la entronización de Kinich Janaab' Pakal. A lo largo de esta confrontación, que alcanzó hasta poco más allá de la primera mitad del siglo VII, los aliados más beligerantes de Calakmul fueron Pomoná, Santa Helena, Moral-Reforma y Piedras Negras. La victoria de Palenque sobre los Señores del Oriente fue conmemorada por Pakal en el Palacio, mediante el sacrificio de los derrotados que aún es recordado en la escalera de la Casa C. Para el último tercio del siglo VII Palenque había penetrado hacia el *Bajo Usumacinta* a través de Chinikihá. Por su parte, Yaxchilán, con la entronización de Escudo Jaguar II (Kokaaj B'ahlam II) se sacudía el yugo de Piedras Negras y recobraba cierta autonomía en el *Alto Usumacinta*, reconfigurando así la estructura geopolítica de aquellas regiones.

Bajo esta perspectiva, los trabajos de exploración y restauración en Pomoná, y algunos años después en Moral-Reforma, sin lugar a dudas constituyeron una experiencia interesante. Por otra parte, en el aspecto de la restauración, se abrían nuevos retos. No sólo estábamos frente a una arquitectura diferente, tanto en su aspecto formal como en el estructural; era la primera vez que no contábamos con los albañiles especiali-

zados de Oxkutzcab, de tal manera que fue necesario instruir y habilitar a los trabajadores de la localidad en el manejo de mezclas y sus proporciones así como en el arreglo de la piedra, conforme a los criterios de restauración que habíamos instrumentado desde Yaxchilán. Además de los trabajos de conservación, Roberto promovió la construcción del museo de sitio para exhibir los artefactos recuperados durante las exploraciones. Este espacio también alberga los diversos objetos de la colección que Chema Silva, originario de Tenosique, donó al museo. Chema Silva era comerciante y su almacén se encontraba en una esquina de la plaza; a él acudían campesinos y monteros que intercambiaban los artefactos por mercancías. Así fue como se integró este interesante acervo, de cuyas piezas realmente desconocemos su procedencia.

Durante la última temporada en la Pequeña Acrópolis de Yaxchilán tuve varias reuniones con Roberto, con el propósito de discutir la manera en que organizaríamos los materiales para su publicación. Su salida de la dirección general lo distanció un poco de la vida institucional. Los años siguientes se mantuvo entre Tecali y la ciudad de México, mientras yo seguía un programa de mantenimiento integral en el sitio, que se prolongó hasta 1998, fecha en la cual me incorporé al Proyecto Plazuelas en Guanajuato, con miras a trabajar en la región centro-occidente. Habíamos comenzado a tomar rumbos diferentes.

La experiencia guanajuatense fue realmente muy enriquecedora en el ámbito estrictamente académico. Los feudos constituyen estructuras difíciles de romper por la red de intereses y complicidades que se entretajan desde los cotos de poder. Roberto decía que algunos centros INAH eran una especie de virreinos, por ello me reincorporé a la DEA. Allí me reencontré con Roberto y conversamos largamente sobre sus planes de trabajo. Había concluido *La arquitectura de Yaxchilán*, que publicó en 2003 coeditada por INAH/Plaza y Valdés, y preparaba *Pomoná: un sitio del Clásico maya en las colinas tabasqueñas*, que saldría publicado en 2005 en el número 481 de la colección Científica del INAH. Resulta oportuno recordar que también participó con algunos objetos en la exposición *Courtly Art of the Ancient*

Maya, que se presentó en 2004 en la National Gallery of Art de Washington, en cuyo catálogo publicó "Shield Jaguar and Structure 23 at Yaxchilán". Los vientos mesoamericanos me arrastraron hasta la Sierra Gorda, donde colaboré con Jorge Quiróz en las exploraciones de Tancama a partir de 2005. La huasteca resultó ser también un lugar estimulante, por lo que permanecí allí siete años. Ese mismo año, 2005, Roberto fue invitado por Luciano Cedillo, entonces director general del INAH, para reestructurar el Consejo de Arqueología y hacerse cargo de su presidencia, cargo que ocupó hasta 2009.

Desde entonces, en muy pocas ocasiones tuve oportunidad de saludarlo. Alguna vez coincidimos en el Museo Nacional de Antropología donde fuimos convocados, junto con otros colegas, para discutir sobre un proyecto de restauración para el Tláloc. Fue la última vez que vi a mi maestro.



REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ JULIO, 2013

46



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

♦ *Otolitos asociados a la Prehistoria tardía del Alto Golfo de California*

♦ *La tradición Teuchitlán a través del estudio de obsidiana*

♦ *Petrograbados del Cerro Barajas, Guanajuato*

♦ *Presencia huasteca en la Sierra Gorda de Querétaro*

♦ *Hoja-mapa de la "Historia tolteca-chichimeca"*

♦ *Evidencias arqueológicas en un "basurero ritual" de Coyoacán*

♦ *Influencia del Clásico en el Cerro de la Estrella, Ixtapalapa*

♦ *El Juego de Pelota de Capulac-Concepción, Amozoc*

♦ *Arqueología en la Alta Sierra Madre del sur de Guerrero*

♦ *Detección de teobromina en cerámica olmeca, San Lorenzo, Veracruz*

♦ *Formas cefálicas, etnicidad y movilidad poblacional en la costa oriental de Quintana Roo*

♦ *Caja conmemorativa de la batalla de Chapultepec del 13 de septiembre de 1847*

REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ ABRIL, 2014

47



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

- ♦ *El Epiclásico en La Mina, Abasolo, Guanajuato*
- ♦ *Estudio traceológico de herramientas prehispánicas en piedra andesítica, Michoacán*
- ♦ *Lan-há, un sitio arqueológico en la Sierra Gorda queretana*
- ♦ *Lagunillas, un sitio uacúsecha en la Meseta Tarasca*
- ♦ *Diseños de cerámica incisa del Posclásico en Zacatula*
- ♦ *El sitio Cueva La Pintada en la Tierra Caliente de Michoacán*
- ♦ *Salvamento arqueológico en la carretera Cuitzeo-Pátzcuaro, Michoacán*
- ♦ *El señorío de Tuzapan, en el centro-norte de Veracruz*
- ♦ *Lítica tallada de Moral-Reforma, Tabasco*
- ♦ *Manejo prehispánico del agua en Tehuacán, Puebla*
- ♦ *La fortaleza popoloca de Tépexi el Viejo, Puebla*
- ♦ *Elementos de concha presentes en Cantona, Puebla*
- ♦ *El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor*
- ♦ *Los murales de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchi: implicaciones sobre la beligerancia maya*
- ♦ *Apuntes sobre Huitzilopchco*

REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ AGOSTO, 2014

48

♦ *Las armas y sus representaciones gráfico-rupestres en las sociedades prehispánicas del norte de México*

♦ *Objetos prehispánicos de concha en Altamira, Tamaulipas*

♦ *Terrazas prehispánicas de Ayutla, Jalisco*

♦ *Dientes de cánido (Canidae) asociados a un entierro del Formativo medio en el valle de Mascota, Jalisco*

♦ *El sitio Lan-Ha' en la Sierra Gorda queretana y sus rasgos arqueológicos*

♦ *Origen temprano del brasero tipo teatro en Teotihuacán*

♦ *Poderes intermedios del Estado en el barrio teotihuacano de La Ventilla*

♦ *Apuntes para el estudio arqueoastronómico de Cantona, Puebla*

♦ *Entierros prehispánicos en el convento de San Pablo de la ciudad de Oaxaca*

♦ *Hallazgo arqueológico del corazón del marqués de Valero en el ex templo de Corpus Christi*



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA